

La reflexión impura: en favor del ensayismo de José Revueltas

José Manuel Mateo*

De José Revueltas sólo puedo hablar con entusiasmo, o quizá debería decir desde el entusiasmo, pues esta palabra, en apariencia insípida y a veces chocante, implica una perspectiva, una posición respecto de Revueltas y de quienes se han enfrentado a sus textos. De ahí que mi apreciación, mis opiniones puedan considerarse sesgadas, parciales, fruto de la admiración más que de una aproximación crítica consciente y, por lo mismo, poco confiables. A pesar de esto, quiero arriesgarme a intentar una lectura y una interpretación que no niegue su original deslumbramiento en favor de una supuesta asepsia. Y quiero hacerlo así porque en no más de una ocasión a Revueltas se le ha leído desde una falsa objetividad cuya intención, escondida o manifiesta, ha sido minar la genialidad de su escritura.

Parafraseando a Evodio Escalante se puede decir que los caminos del rechazo siempre encuentran nuevas justificaciones en el caso de Revueltas. Si primero, con *El luto humano*, se le acusó de incurrir "en serios defectos de narración", de "torpeza para relatar" y "desaliño", después lo reprochable en *Los días terrenales* y *Los errores* son "los largos párrafos de naturaleza ensayística, incrustados a golpes de martillo en un lugar que no les corresponde, y que no hacen sino entorpecer y cortar, según la crítica generalizada, la secuencia de la narración".¹ Y si éste era el resumen que podía presentarse hacia finales de los años setenta, todavía en los noventa y en la edición crítica de *Los días terrenales*, Florence Olivier, aunque destaca en primer lugar la coherencia de "las estructuras generales" de la novela —la cual para ella semeja un debate cuyo tema es el dogma-

tismo del Partido Comunista Mexicano—, no puede dejar de señalar que dichas estructuras surgen como "procedimientos de exposición retórica antes que de trasposición literaria del debate interno de Revueltas".² En medio quedan las objeciones de José Joaquín Blanco y los reparos posteriores de Christopher Domínguez Michael, por mencionar a dos críticos de relieve que *aprecian* el trabajo literario de Revueltas a pesar de.

¿Por qué cuesta trabajo valorar la obra de José Revueltas sin disculparse antes o después frente al altar de lo literariamente perfecto y puro, sobre todo cuando ya desde la primera mitad del siglo un pensador como Adorno había advertido sobre la santificación de una cultura organizada por cajones especiales?³ No pido piedad crítica ni que los lectores sean condescendientes o, como se acostumbraba decir, se hagan de la vista gorda ante las fracturas narrativas de un escritor. Me interesa entender un fenómeno de lectura e interpretación particular que pone sobre la mesa la trampa que consiste en ajustar a parámetros determinados de antemano una obra cuya más íntima vocación es la herejía frente a los géneros y los sistemas. Y en este intento me parece fundamental la naturaleza ensayística de la obra de Revueltas y el aparente debate que articula *Los días terrenales*.

Con razón, Evodio Escalante señala que Revueltas se hallaba lejos de haber perdido la noción de lo que estaba haciendo al incorporar largos pasajes reflexivos en sus novelas, pero creo que no acierta del todo cuando afirma que eso se debe a que "se limitaba a incorporar dentro de sus textos novedades formales que sus quisquillosos críticos no eran capaces de ubicar".⁴ Antes que las novedades técnicas de aquellos años se encuentra, a mi parecer, el

* Poeta y crítico literario. Cursa la maestría en letras mexicanas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

estudio de los grandes narradores que estuvieron a caballo entre el siglo XIX y el XX: Proust, Mann y, por supuesto, Dostoievski. Estos escritores, lo mismo que Revueltas, vivían a años luz de los críticos fieles a una preceptiva taxonómica. La novela de corte realista busca desde entonces configurar retratos del hombre individual y de sus conexiones sociales; retratos, sí, pero que, tal como lo entiende el joven Lukács a propósito del ensayo, nos dan, "además de todas las sensaciones artísticas [...] la vida de un hombre que ha existido de verdad, y nos imponen el sentimiento de que su vida ha sido como nos la muestran las líneas y los colores del cuadro".⁵ Estos narradores dejaron claro desde el principio que el realismo no es un reflejo mecánico del individuo ni de lo inmediato del mundo y que en el retrato realista lo importante es incorporar, mediante una interpretación activa los procesos simbólicos en los que el hombre participa y los acontecimientos que nos dejan ver sin reparos el complejo sentimental que constituye a las personas. Si algo tienen en común Proust, Mann y Dostoievski es su insistencia en mostrar el modo en que recuerdan, imaginan y, sobre todo, reflexionan sus personajes, al mismo tiempo que identifican y describen las situaciones que estimulan la actividad del pensamiento.



Por otra parte, hay que mencionar la narrativa de Musil como ejemplo de un procedimiento literario que consiste en describir, con la voz del narrador omnisciente, el discurso reflexivo y los movimientos especulativos y sentimentales del personaje, "presentando en consecuencia un monólogo narrativamente dirigido, o engastado en el discurso del narrador".⁶ En este momento no podría asegurar que Musil se encuentra entre los autores leídos por Revueltas con especial atención. Sí puedo, en cambio, afirmar que pertenece al mismo lazo de sangre, tanto por el modo literario de proceder como por la intención. En *El hombre sin atributos* uno de los capítulos ostenta un título admirable que bien pudo haber suscrito Revueltas: "También la tierra, Pero especialmente Ulrich, rinden homenaje a la

utopía del 'ensayismo'". Allí, Musil identifica la actitud de su personaje frente al mundo y frente a su propia vida con el ensayo, pues así como éste "trata un asunto bajo diversos puntos de vista", así creía Ulrich poder mirarse y mirar lo circundante. Y todavía Musil va más allá: el comportamiento de Ulrich estaba comprendido por el nombre "ensayismo", del cual el personaje había procurado eliminar elementos que lo llevaran a conside-

rar el ensayo como una prueba, como algo provisional y accesorio, como una convicción temporal "que podría ser elevada a verdad en una oportunidad mejor"; no, el ensayo era para él "la forma definitiva e inmutable que la vida interior de una persona da a un pensamiento categórico".⁷ En la novela de Musil no sólo se otorga peso a la experiencia reflexiva sino que ésta, a su vez, se vuelve objeto de reflexión de un modo tal que el lector casi parece hallarse frente a un tipo de texto distinto del de ficción. ¿Se vuelve menos relevante Musil en el horizonte de las letras por ello? Todo lo contrario. Gracias a la incorporación del ensayismo como concepto y como procedimiento afín a la novela, el escritor alemán efectúa la crítica de los órdenes lineales y de las totalidades sistémicas, tanto en lo relacionado con las tendencias narrativas como en lo que toca al pensamiento filosófico de la época.⁸

La disolución de límites precisos entre los géneros no es, de este modo, algo exclusivo de las vanguardias actuales o pasadas: se encuentra en la naturaleza misma de la literatura y, por supuesto, pertenece al ámbito del realismo, en la medida que los procesos vitales que dan pie al ensayo no representan una función excepcional del pensamiento ni son ajenos a la experiencia cotidiana, donde un recuerdo, una ocurrencia arrancan de su sitio a otros y suscitan un estado donde la comprensión tiene lugar, como dijera Musil, "de tal manera que se entienda de golpe al mundo y a uno mismo de otra forma".⁹ El ensayismo de Revueltas no resulta, pues, espurio, ajeno y mucho menos inexplicable en términos estrictamente literarios y sólo pueden llamarse

a sorpresa o disgusto quienes no han sabido leer las grandes novelas de la época moderna o sencillamente se niegan a reconocer en ciertos escritores lo que alaban en otros. Ahora bien, Revueltas no sólo procede de manera legítima al ocuparse preferentemente de la vida interna de sus personajes (entendida ésta en buena parte como actividad reflexiva); ante todo escribe de acuerdo con una posición esencial: la vida carece de cualquier sentido teleológico y todos los intentos de sistematización del pensamiento y de las formas de vida no buscan sino encubrir esa realidad básica. El miedo al vacío y la falta de entereza para afrontarlo empujan a renunciar al ejercicio de la conciencia y, por lo tanto, a vivir sin dignidad, en el engaño del bienestar y la negación del dolor y de la muerte. La civilización —dice Revueltas— ha sido creada para luchar contra el sufrimiento. En cambio, la cultura, por naturaleza, tiende al sufrimiento. Mientras que la cultura tiende a la cultivación de la conciencia, la civilización procura todo aquello que vuelve la vida más fácil; procura todo, menos la conciencia, la cual ha de entenderse como “un reflejo de la existencia de lo infinito” en la mente del hombre. En todo caso, si para algo existe la humanidad, o mejor aún, si algo la humaniza, es el ejercicio de la conciencia. El hombre nace para pensar el infinito y cómo éste “sufre” de no poder medirse ni encajar en nada. La civilización trata de aniquilar dicho sufrimiento, pero “un verdadero hombre, es decir, un hombre que constantemente sigue recreando la vida y la prolonga, no sólo en el sentido físico, sino también espiritual y moral, jamás renuncia [...] a un auténtico sufrimiento”,¹⁰ es decir, a un auténtico ejercicio de la conciencia. Eso es lo que encontramos en la obra narrativa de José Revueltas, tanto en el narrador como en los personajes: una exposición del ejercicio de la conciencia, de la reflexión en acto. Tal movimiento reflexivo, tal ensayismo, en las novelas de Revueltas, constituye, como en Musil, una operación crítica del relato, de los órdenes lineales y de los totalitarismos del pensamiento, y hacen de Revueltas y de sus escritos una de las expresiones más coherentes de la literatura.



Revueltas, desde temprano, se manifestó contra los dogmatismos de cualquier cuño, incluidos los que se generaban dentro del pensamiento comunista. En las novelas y en muchos de sus ensayos puede verificarse esta lucha constante que no siempre tomaba la forma de un debate directo. Se trata sobre todo de una actitud vital: así escribiera un cuento, una novela, un ensayo, una crónica, una obra de teatro, Revueltas no dejaba de reflexionar, de ver e interpretar, de traer elementos diversos para compararlos con una situación determinada que escamoteaba su verdadero sentido. Por ejemplo, en “Visión del Paricutín”, una crónica donde incluso los pies de foto constituyen piezas literarias,¹¹ Revueltas recuerda una de las tantas felonías de la conquista de América (el engaño de que es objeto Atahualpa por parte de Pizarro con el fin de aprehenderlo) para tratar de explicarse el recelo y la desconfianza de indios y mestizos. No estamos ante un texto cuyo propósito expreso sea sustentar una tesis sobre el ser de los pueblos originarios pero la reflexión ocurre y no cierra el círculo, no establece lo dicho como una sentencia; se habla de cuestiones que, “forzosamente, debieron influir sobre la contextura psicológica de nuestros pueblos”,¹² pero no está ahí la sustancia mayor del planteamiento, se encuentra sobre todo en la descripción del estado de ánimo, de la desgracia de un grupo humano que parece circunstancial pero tiene un origen más an-

tigo, de siglos; no se trata de una desgracia geológica sino histórica. Y Revueltas lo dice como si platicara con nosotros, aunque en realidad el suyo es un ejercicio que no busca apropiarse de lo que mira ni de quien lo lee; su intención no es tanto atraer al otro al modo de pensar propio como un ejercicio transformador de sí mediante el pensamiento. Esto, que puede intuirse en una crónica, queda del todo claro en *Los días terrenales*.

La estructura de *Los días terrenales* mantiene una regularidad firme, en la que pueden identificarse tres grupos, cada uno con tres capítulos; el primer grupo estaría constituido por I, II y III, que se continúan respectivamente en IV, V y VI (esto es, I en IV, II en V y III en VI); VII, VIII y IX incorporan percepciones de la realidad distintas a las ya expresadas en los capítulos previos y cierran la trama. Esta alternancia se corresponde con el desarrollo interno de los capítulos, donde a la introspección y a los ejercicios reflexivos de los personajes siguen, en momentos clave, fragmentos que representan lo ya expuesto directamente como recuerdo o pensamientos de los personajes. Este movimiento que alterna la presencia de los personajes y enfrenta la introspección con breves representaciones (a las que en otro trabajo identifiqué como *parábolas*) no es un procedimiento destinado simplemente a producir un efecto narrativo ni se rige por la sola voluntad de experimentación; se trata, para decirlo en términos quizá demasiado sencillos, de que la forma se corresponda con las significaciones profundas de la novela y con el espíritu antidogmático de la escritura revueltiana. En el capítulo VI Bautista elabora una teoría del espejo, es decir, de la confrontación del hombre con su imagen. Si uno atiende a la estructura de la novela no ocurre otra cosa sino esto: una constante confrontación cuyo juego de oposiciones coloca al lector en la puerta de una casa de espejos donde no es posible determinar relaciones de uno a uno entre los personajes, sino múltiples reflejos y miradas. Gregorio no sólo confronta sus ideas con las de Fidel, el

representante de la ortodoxia; también se mira en este militante para juzgarse a sí mismo, así como en el resto de los hombres (dice: "Me pueden horrorizar todas las inauditas crueldades de los nazis en Alemania o de los japoneses en China, pero yo, Gregorio Saldívar, soy culpable de ellas porque esas crueldades las han consumado *hombres como yo* [...] Y nada de buscar consuelo en la idea de que, en cambio, yo soy un ser moral, noble, recto y demás. ¡Nada de eso! Soy responsable por los otros tanto como por mí mismo").¹³ Al mismo tiempo, la narración obliga a comparar a Gregorio con otros personajes clave (Jorge Ramos, Bautista y Ventura).

La *teoría especular* de Bautista, la constante *oposición* de los personajes (en el sentido de colocar una cosa frente a otra), la intensidad visual, la pluralidad de perspectivas, la introspección, los recuerdos, las

sensaciones que emergen mientras los personajes reflexionan y la consecuente explicación del presente en función del pasado son elementos de *Los días terrenales* que forman parte de ese *ensayismo* donde el ejercicio cognoscitivo se enfrenta y asocia con la revelación poética, acentuándose así el carácter plural del pensamiento humano y la falsa pretensión de las visio-

nes unívocas de la realidad. La novela se halla cruzada por reflexiones de lo más diversas: sobre el pasado histórico, el comunismo, la militancia, la pintura, la necesidad de una ética, el dogmatismo, la intolerancia, el amor, el sexo, la muerte, en suma, todo aquello que aproxima a entender en qué consiste lo esencialmente humano, o como lo decía Revueltas parafraseando a Malraux, la condición del hombre; pero todas esas reflexiones no configuran un pastiche ni se hallan torpemente incorporadas al relato. En esta novela los pensamientos y las elaboraciones de la imaginación y la memoria que suponen una carga conceptual o una exposición teórica están imbricados con la vida de los personajes y por ello mismo se encuentran relativizados; son dependientes de la experiencia particular y en esa medida no se erigen en verdades absolutas sino que



representan pasos en un camino hacia la comprensión de verdades transitorias, sobre todo en el caso de Gregorio Saldívar, que no renuncia en ningún momento a la reflexión, como sí lo hace el resto de los personajes. Si el ensayo es esa forma híbrida que confronta “un acervo lingüístico-simbólico-conceptual con un determinado estado del conocimiento del mundo” y toma “la forma de una interpretación generadora de sentido”,¹⁴ esa forma se verifica en la novela como una “operación” de la experiencia humana que define el destino de los personajes.



Cuando habla del ensayo, Adorno insiste en que en éste no interesa el concepto definitorio; antes bien lucha por prescindir de las certezas libres de duda y denuncia la ilusión de un mundo lógico, completo y continuo. “El pensamiento —dice— no procede linealmente ni en un solo sentido, sino que los momentos se entretejen como los hilos de una tapicería. La fecundidad del pensamiento depende de la densidad de esa intrincación. Propiamente, el pensador no piensa, sino que se hace escenario de experiencia espiritual, sin analizarla.”¹⁵ Tal sería una descripción justa de *Los días terrenales*: una urdimbre profundamente densa de experiencias y reflexiones que muestra la oquedad del militantismo, el sinsentido de la razón utilitaria y pragmática, la enajenación inevitable a la que conduce la cerrazón de cualquier sistema de pensamiento y la posibilidad de entender o aproximarse a la comprensión del mundo mediante el concurso de la totalidad humana.

La reflexión es por definición impura. El ejercicio reflexivo se encuentra antes y después de los sistemas filosóficos, es el motor que impide la esclerosis del pensamiento gracias a que no acepta los “ideales de limpieza y pureza comunes a una filosofía orientada a valores de eternidad, a una ciencia internamente organizada a prueba de corrosión y golpes y a un arte intuitivo desprovisto de conceptos”; ideales que son, en última instancia, “la visible huella de un orden represivo”.¹⁶ Esto que Adorno afirma a propósito del ensayo vale para la reflexión

que se ejercita en la obra literaria de *Revueltas*, reflexión que encuentra valor en su impureza, en la mixtura de elementos que le dan cuerpo. Si en la Edad Media y todavía hasta el siglo XVII la alta cultura consideró el espejo como un símbolo de verdad,¹⁷ en *Los días terrenales* *Revueltas* invierte esa concepción (todavía arraigada en vastos sectores y que se hace patente en

expresiones populares como *mírate en este espejo*) para postular que toda imagen es producto de una constante tendencia a crearnos ideas reconfortantes de nosotros mismos. La arrogancia de pensar que se posee una imagen verdadera impide el ejercicio de la reflexión y da pie a la intolerancia y a los dogmas. La multiplicidad de espejos, la diversidad de puntos de vista que se confrontan, evidencia el engaño de la imagen única; pero no es suficiente. Es necesario que el proceso que lleva al conocimiento, a comprender, deje el paso libre a otras comprobaciones distintas en un proceso similar a la vía seguida por los místicos para alcanzar la revelación. No se trata de una vía teórica y lineal hacia una verdad profunda sino de un tránsito ligado a los saberes, la experiencia y las sensaciones. Lo ensayístico de *Revueltas* implica una ascesis, un ejercicio de sí del pensamiento como prueba modificadora de uno mismo, como actividad crítica que no busca legitimar un saber sino preguntarse hasta dónde es posible pensar de otro modo.¹⁸ No en balde Gregorio Saldívar es considerado un Mesías de su propio ser al final de la novela. Gracias a que no renuncia a ejercer su capacidad reflexiva, aun después de haber sido golpeado y arrojado a un sótano en la más cerrada oscuridad, mantiene la dignidad del hombre que piensa, y ello lo salva, es decir, lo humaniza. Gregorio encuentra que la incertidumbre, la desazón, la desesperanza con que está herido el hombre a causa de la noche cósmica de la que proviene y a la que parece regresar cuando deja la vida, lo llevan a sostener una “insensata y torpe lucha” contra “algo de lo que no podrá despojarse jamás, pues lo lleva dentro de sí como su signo y

definición: la muerte".¹⁹ La instauración de dioses y sistemas está dada por ese miedo elemental que produce el acabamiento, por esa falta de dignidad para asumir la muerte propia y la de la especie "como la verdadera e inalienable condición humana".²⁰ Tal es la verdad a la que arriba. Pero se trata de *su* verdad y, además, de una verdad cuya comprobación no importa tanto como la entereza para llevarla a cuestras. "Soportar la verdad –se le ocurrió de pronto– pero también la carencia de cualquier verdad."²¹ La puerta al infinito queda abierta para asomarse, sin medidas de seguridad, al vacío. La apuesta, me parece, no es por el nihilismo, sino por mantenerse en el horizonte del ejercicio reflexivo en su terrenal impureza. ❀

Notas

- ¹ José Revueltas: una literatura "del lado moridor", págs. 12-13.
- ² "Los días terrenales: un debate", en *Los días terrenales*, edición crítica, pág. 272.
- ³ "El ensayo como forma", en *Notas de literatura*, pág. 17.
- ⁴ *Op. cit.*, pág. 13.
- ⁵ "Sobre la esencia y forma del ensayo", en *El alma y las formas*, pág. 29.
- ⁶ Pedro Aullón de Haro, *Teoría del ensayo*, pág. 30.
- ⁷ Musil, citado por Aullón de Haro, *ibid.*, págs. 28-31.
- ⁸ Véanse las opiniones recogidas al respecto por Aullón de Haro, *ibid.*, pág. 32.
- ⁹ "[Sobre el ensayo]", en *Ensayos y conferencias*, pág. 344.
- ¹⁰ Roman Samsel y Krystyna Rodowska, "Charla con José Revueltas", en *Conversaciones con José Revueltas*, pág. 160.
- ¹¹ "Desde muy lejos viene la sed. Término sin saliva, de rasposa, acabada respiración. Con ser muchas, las lágrimas rezuman pobremente, hundiéndose en la profundísima geología de esta muerte cardinal, sin dejar una planta o una hoja o una palabra"; pie a una de las fotos de Francisco Mayo, en *Visión del Paricutín (y otras crónicas y reseñas)*, pág. 298.
- ¹² *Ibid.*, pág. 18.
- ¹³ *Los días ...*, pág. 146; las cursivas son del original.
- ¹⁴ Liliana Weinberg, *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, pág. 73.
- ¹⁵ *Ibid.*, pág. 23.
- ¹⁶ "El ensayo como forma", *op. cit.*, pág. 17.
- ¹⁷ Véase Santiago Sebastián, "Nueva lectura de *Las Meninas*: un retrato emblemático y pedagógico", en *La nueva historia cultural*, pág. 96 y ss.
- ¹⁸ Véase a Foucault citado por Aullón de Haro, *op. cit.* pág. 88.
- ¹⁹ *Los días terrenales*, *op. cit.*, pág. 164
- ²⁰ *Idem.*
- ²¹ *Ibid.*, pág. 170.

